

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes..... 4 reales.
 Por tres id..... 11 »
 Por un año..... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 13 reales.
 Por seis id..... 28 »
 Por un año..... 50 »

EXTRANJERO:—Por tres meses: 30 »
 ULTRAMAR.—Un año: 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 32, pral. izq.º

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTES: ORTEGO Y PEREA.

¿QUIÉN ES ÉL?

Uno de los más celosos defensores del proyecto constitucional ha dicho en un arranque de buena fé, que el tal proyecto á nadie contentaba.

Este modo de hacer elogios podrá ser peregrino, pero la afirmacion es exacta.

Triste y al mismo tiempo fatal condicion es esta de las obras hechas para dar gusto á todos; nada valen y á todos desagradan.

¡Tal es el triunfo conseguido por la comision constitucional!

Y no es el único; aun ha obtenido otro más envidiable: la aprobacion de los conservadores.

Porque en la Asamblea Constituyente hay conservadores.

Y si nó, ahí está el Sr. Cánovas del Castillo, que no me dejará mentir.

La lectura de su discurso hace surgir en mi ánimo el importuno recuerdo del programa de Manzanares: el mundo marcha, dicen las gentes; en un periodo de quince años el Sr. Cánovas ha recorrido toda la distancia que hay entre el programa y el discurso; un paso más, y la distancia podrá ser exactamente igual á la que media entre un motin y una reaccion, ó por mejor decir, entre la voluntad nacional y la voluntad de un monarca, ó mejor todavía, entre Isabel II y Alfonso XI, pasando por unas Cortes Constituyentes.

Quiero apartar del espíritu dolorosos recuerdos; permitidme este desahogo, y permitidme que os hable del discurso del Sr. Cánovas.

Y será bien que el país fije la atencion en ese documento parlamentario, porque va envuelta en él una idea salvadora.

Las elocuentes palabras del Sr. Cánovas encierran el gérmen de nuestra futura bienandanza.

Esta idea salvadora, este gérmen de ventura es, oigámoslo con veneracion:

Una monarquía verdad.

El distinguido orador regala este descubrimiento á su país, como fruto de sus profundas investigaciones y de sus estudios concienzudos sobre la materia.

Una monarquía verdad.

No olvidéis esto, porque es la única salvacion posible.

¡Ay! que no á todos es dado obtener tan luminosas deducciones despues de noches de insomnio y de tareas interminables.

Una monarquía verdad, con todas sus prerogativas y algunas más, es lo que nos señala el Sr. Cánovas como panacea de todos nuestros males.

Harto se echa de ver que esta conclusion es el fruto de un desengaño.

En la monarquía tuvieron origen todas nuestras desgracias, natural es por consiguiente que para evitar otras en lo sucesivo se adopte nuevamente la monarquía.

La monarquía limita necesariamente los derechos individuales, justo y razonable es por tanto que, para conservarlos íntegros, adoptemos la monarquía.

Y como el hijo de un monarca justo y prudente, puede ser insensato é injusto, parece natural que la monarquía sea hereditaria.

Por otra parte, la monarquía con sus prerogativas naturales puede imponer siempre su voluntad al país, por eso conviene que además de las prerogativas tenga el derecho de legislar.

Tal es la monarquía verdad del Sr. Cánovas.

Contempladla, examinadla bien por una parte y por otra, por arriba y por abajo, y decid despues si no es digna de admiracion y de encomio.

Pero el Sr. Cánovas, colocado en tan buena senda, no podía dejar incompleta su obra.

Como la contribucion de sangre es odiosa y es injusta, afirma que no podemos existir sin las quintas.

Y así es la verdad, si hemos de ser lógicos.

A la monarquía hereditaria sigue, como parte integrante del cortejo numeroso de nuestras felicidades, la necesidad de las quintas.

Y tanta confianza inspira al Sr. Cánovas su receta salvadora, que no vacila en aceptar los derechos individuales, siempre que se concedan con sujecion á las leyes.

Y teniendo en cuenta que *el rey es legislador*, y que los derechos individuales han de *sujetarse á leyes*, es como empieza á comprenderse el fabuloso alcance de esa *monarquía verdad*, con que el Sr. Cánovas quiere obsequiar á su amada patria.

Dos rasgos más completan el portentoso trabajo del diputado unionista.

Restriccion del sufragio universal.

Declaracion de la unidad católica.

Échase de ver en ambas ideas la serie de trabajos mentales que á su concepcion han precedido.

Sufragio universal: ¿qué quiere decir esto? ¿No es una locura que el que no contribuya á pagar, vote los impuestos? ¿Son por ventura de la misma naturaleza el rico y el pobre?

¡¡Qué locura!!

El dinero establece grandes diferencias entre los ciudadanos.

Yo pago contribucion, y tengo derecho á votar.

Yo vendo mis fincas, dejo de pagar, y dejo de ser yo, y pierdo mi derecho.

Esto es tan obvio y tan sencillo, que cualquiera lo comprende.

El pobre debe entrar en quinta, eso sí, para eso es pobre; ¿por qué no ha nacido rico? Pero no debe votar porque solo contribuye con su persona y no con el dinero que es lo más esencial.

Ya sé yo que hay locos que afirman que todos somos contribuyentes.

Que hay quien sostiene que la contribucion territorial, y la industrial y cualesquiera otras que se inventen, no las paga el agricultor, ni el industrial, solo por dar ese placer á sus compatriotas, sino que se reparten más ó menos equitativamente entre los que consumen el producto de esa industria, pagándole más caro ó menos, segun los casos; pero estos son sueños que no destruyen los razonamientos sólidos del Sr. Cánovas.

Pagas contribucion, votas.

No pagas, no votas.

Hemos de limitar el sufragio ¿sí ó no?

Si: pues si se ha de aceptar algun criterio, el criterio de los maravedises es el más positivo, no hay que darle vueltas.

En lo relativo á la *unidad religiosa*, el Sr. Cánovas quiere que exista, pero no defiende la *intolerancia*.

Esto, si bien se mira, es unidad sin unidad, ó bien tolerancia sin tolerancia, y pone digno coronamiento al edificio construido sobre la ancha base de la *Monarquía verdad*.

Lástima grande es que, defraudando algunas esperanzas, no haya propuesto el Sr. Cánovas para su *Monarquía verdad*, un *Monarca*.

La obra está incompleta: ¡qué desgracia!

Tenemos la idea, nos falta el hombre.

¿Quién es él?

A. SANCHEZ PEREZ.

ENFERMO DE MUERTE.

Los momentos son críticos. España atraviesa un periodo grave.

Parece que esta España toca al término de sus males.

Todas las enfermedades graves tienen su crisis. O el enfermo sucumbe, ó se salva.

¿Qué será de nosotros? dicen media docena de españoles contemplando asombrados las maquinaciones de otra media docena.

El país enfermo de gravedad, está encomendado á médicos de muy diferentes escuelas.

Anda la pobre España de unos en otros, este la toma, este la deja.

Cada dos días hay junta de médicos.

Son estós testarudos en la defensa de sus respectivas doctrinas.

Los hay alópatas, que están por pinchar y aplicar sanguijuelas. (El sable y los empleados. Sistema Prim-Sagasta.)

Los hay homeópatas que prefieren el *similia similibus*. ¿Qué padece el país? ¿Falta de economías, sobra de ambiciones y abundancia de curas? Pues nada, *semilia similibus*; curémosle á fuerza de empréstitos, y de ambiciosos, y de catolicismo.

Los hay hidrópatas, ó médicos del agua, (como Topete).

Los hay defensores de *Leroy*, (en castellano *del rey*), y ya Vd. sabe que *Leroy* es un purgante eficaz. ¡Vomitivo y purga dinástica!

Cada cual quiere aplicar su sistema. El enfermo en tanto, se queja y pone el grito en el cielo.

No faltan amigos del país que se atreven á aconsejar á los doctores.

—¿Por qué no se deciden Vds. á conformarse?

—¿Por qué no prescinden Vds. de sus escuelas respectivas con tal de curar al enfermo?

—¡En eso estamos! dice un doctor de los de la junta, como avergonzado de que le hayan visto asomar la oreja. ¿No es verdad, señores, que estamos en perfecta conciliacion?

—¡Ah, sí dice otro.

—Y en prueba de ello, dice un tercero, vamos á adoptar un medicamento que sea comun á los tres sistemas, y que pueda ser un paso dado hácia la salud.

—¡Vamos allá! ¡El enfermo ante todo!

—¡Corriente!

Y aquel dia comienzan á ponerse de acuerdo.

Esto de llegar á un perfecto acuerdo suele durar algunas semanas.

Por fin los doctores han convenido en que un poco de agua tibia es cosa que ningun sistema médico rechaza.

Y llenos de patriotismo y buen deseo, resuelven que el enfermo puede tomar agua azucarada. (Derecho de reunion.)

Sin embargo, hay quien cree que esto del agua tibia es un poco propenso á indigestiones. El enfermo no deberá tomar más que media taza. (El derecho de reunion solo puede ejercerse de dia.)

Pasa el tiempo. El enfermo se agrava. ¿No se ha de agravar?

Necesitaba un tratamiento especial, en el cual se viera la resolucion de combatir el mal decididamente.

—La tila le estará bien, dice uno.

—Que vayan á buscarla.

—¿Dónde?

—A la botica de Coburgo.

—Bueno, dice otro sonriendo maliciosamente.

Uno de los médicos se alarma. Pero el que sonrió le dice:

—No hay cuidado.

Al poco rato viene un criado que dice que no hay tila.

Coburgo ha dicho que no puede servir á los señores.

Y sigue la gravedad.

—Hombre, dice un médico algo más resuelto. Conozco á un médico joven que puede servir para arreglar esto.

Los sábios fruncen el ceño.

—¿Quién es? dice uno con cierto desden.

—Le conocemos, añade otro. ¿Republicano, verdad?

—Sí.

—Yo me retiro si se presenta.

—Es un escandaloso.

—Anda á porrazos con todo el mundo...

—En Jerez.

—Y en Cádiz.

—Y en Málaga!

—Y en todas partes!

Y continúan las negativas y las amenazas de retirarse. El sistema republicano es desechado.

El país sigue grave, muy grave.

Comienza á sufrir convulsiones. Sin gota de sangre, á fuerza de tener sanguijuelas por todos lados, parece próximo á morir de estenuacion. Hay quien dice que le flaquean los piés, y hay quien asegura que es la cabeza la que tiene trastornada. Otros dicen que su situacion es tal, que no tiene piés ni cabeza.

¡Pobrecillo! Sus amigos, los españoles todos, no tienen valor para verle en tal estado, y se preparan á salir de España por no verle morir de tan desdichada manera.

Los doctores hacen un supremo esfuerzo, y despues de acalorada discusion, le quieren aplicar un emplasto tan heterogéneo como falto de condiciones de salubridad (Constitucion nueva).

En estas y las otras apenas hay dinero para pagar la botica.

¡Ay qué lástima de vida, ayer tan gloriosa y hoy tan arrastrada!

No sé si el enfermo librará el pellejo. Lo que sé es que los médicos están gordos y sanos. La sabiduría va echando barriga al grito de viva España.

UN PUEBLO SIN REY.

¿Comprendeis bien la tristeza, el desamparo, la orfandad, digámoslo así, de un pueblo acostumbrado á saber que tiene rey, cuando de repente, merced á una temeraria imprudencia, llega á descubrir que carece de soberano coronado?

Con razon dice una correspondencia inserta en un periódico extranjero, que en Madrid solo se ven rostros pálidos y tristes, y que hasta en la bulliciosa plaza de toros parece haber fijado su asiento la nostálgica melancolía del pueblo más monárquico de Europa.

Yo lo estoy viendo, y á pesar de que las consideraciones debidas al decoro pátrio podrian en cierto modo inducirme á ocultar el estado de decaimiento de ánimo que aqueja hoy á los españoles, no puedo cerrar los ojos á la evidencia, ni contener los impulsos que agitando mis afectos arrancan de mis lábios esa confesion.

En setiembre último, ¡parece que era ayer! aun teniamos reina hembra, con todos los atributos esenciales de las reinas y las hembras cuando ya van para abuelas.

España podia decir á cada paso «la reina,» hablando de cosas propias, ó mejor dicho, de cosas de quien España era propia.

Todo español leia cuando mejor gana tenia de ello alguno de aquellos versículos de la *Gaceta* que solian empezar diciendo: «S. M. la reina (q. D. g.)» cuyo D. g. al fin no vimos confirmado.

Entonces habia en el país animacion; habia lista civil, habia aquello de manos besa el hombre..., habia una imagen de Dios sobre la tierra, habia su representacion de grandes tradiciones.

Los veteranos de la guerra civil contemplaban al paso á S. M. recordando que por ella habian derramado su sangre.

La inmensa muchedumbre la contemplaba recordando que el privilegio electoral un dia ú otro llegaría á ser un derecho; los coroneles la contemplaban recapacitando que con el pretesto de echarla abajo podian muy bien antes de un año verse con una faja; el clero oficial la reverenciaba por las muchas mercedes que de ella tenia recibidas, y no perdía la esperanza de que por medio de la bondad de su corazon, llegase á realizarse con más ó menos suavidad, con más ó menos violencia la reconciliacion de toda la familia y el regreso á la familia de la tersa prole de su muy amado monarca.

Habia, en fin, pasiones, vida, actividad, deseos en España, en vez de la inercia en que hoy vivimos.

Los reyes derraman beneficios en torno suyo, de tal suerte, que hasta los demagogos esperimentá-bamos un grato consuelo al contemplar á doña Isabel II, diciendo en nuestro interior con la mayor vehemencia: ¿cuándo la echarán de aquí?

¡Ah! ¡Qué distinto es hoy nuestro estado!

El Señor nos abandonó, á lo que parece: los ascensos van á ser cada dia más difíciles en las carreras más brillantes; aquellos animados cuadros del pronunciamiento semestral, de la crisis diaria, de los cambios en la alta servidumbre, que eran pasto sabroso de las más poderosas inteligencias, ¿dónde iremos á buscarlos?

Los reyes se van, los candidatos no vienen; el pueblo no experimenta ya cada sábado, caminito de Atocha, aquel entusiasmo gacetillesco (que rayaba en frenesí); crece la yerba en el gran patio de palacio, y sus espaciosas cocinas no dan al mendigo de nuestras patrias tradiciones, el ideal de la nutricion, como solian.

Y ¿qué? ¿Habremos de morir tristes; tendremos que condenar á España á la moderna existencia de las ruidosas y groseras fábricas; tendremos operarios súcios de carbon y aceite, en vez de lacayos coronados de plata y oro?

La desesperacion, y quizás el suicidio, serian en ese caso nuestro castigo.

Un pueblo sin rey, es un pueblo que no tiene nada superior á sí mismo, á quien amar ni aborrecer; es un pueblo de afectos pedestres y prosáicos, afectos mansos y finitos (quiero decir no infinitos), que, acostumbrándose á recibirlo todo del derecho humano, acaba por perder la nocion de la divinidad.

Las vírgenes se cansan de hacer milagros. Las fuentes de la fé se agostan, allí donde el Señor no tiene un lugar-teniente de su confianza.

En este mismo instante, la mayor parte de los españoles sienten un vacío que no está en las arcas del Tesoro, sino en lugar más augusto.

Pongamos rey, pongamos pronto rey. Hagamos un esfuerzo cada uno, por débil que sea; dotémonos de rey.

Desde setiembre acá hemos perdido muchas carnes, que están en París; hemos perdido la costumbre de las ejecuciones públicas con burro y hoga, y hemos abarraganado el Viernes Santo, que tenia el privilegio de los indultos, elevando á su esfera los dias más chavacanos.

Así se va la poesía; así se pierden las delicadezas que constituyen, si no lo más bello, á lo menos lo más lindo de los grandes pueblos.

No cesemos de pedir rey, españoles.

Entretanto, para no perder la costumbre de la monarquía, no tenemos más que un remedio: pongámoslo por obra.

Meter cada cual en una lucha lo que antes pagaba de lista civil.

Concédase á sí mismo cada español todos aquellos permisos que antes solo concedia el monarca.

Dése á sí mismo el tratamiento de Majestad.

Quítese el sombrero con toda veneracion al mirarse al espejo, y considérese como su propio monarca.

Haga, en fin, cada cual por sí mismo lo que haria por su rey, si le tuviera, y al cabo de cierto tiempo se habrá acostumbrado á respetarse de tal modo, y se habrá hecho cargo tan perfectamente de que es rey, que ya no necesitará que ninguna pandilla le imponga otro.

Así recobramos la alegría; la animacion renace-rá entre nosotros; el sol recobrará su brillo y volveremos á los buenos tiempos, y estaremos en disposicion de surtir de reyes todo el mercado del mundo.

ROBERTO ROBERT.

LOS DOS NIÑOS.

I.

Carlos de Borbon á un arzobispo.

«Venerable amigo y hermano en Jesucristo: Os agradecemos en lo íntimo de nuestro corazon las noticias favorables á nuestra santa causa que en vuestra piadosa carta nos habeis dado. Nos estamos dispuestos á la lucha, y esperamos en Dios misericordioso que la victoria coronará nuestros esfuerzos. La santa Virgen ayuda nuestra empresa, y al recibir esta procurareis tener preparadas las doce mil carabinas que respetuosamente en vuestra carta nos habeis ofrecido generosamente. Si los amargos dias por que atraviesa nuestra muy amada patria y sus hijos, nuestros muy amados vasallos, se tornan en prósperos para la santa causa que defendemos, os aseguramos nuestra gratitud y la merecida recompensa de vuestros servicios. Estad sobre aviso y animad á los fieles. No nos olvideis en vuestras diarias oraciones, y recibid el cariñoso saludo de vuestro rey y señor,

Carlos de Borbon y de Este.

P. S. Enviadnos un aragonés robusto para Carrulla.»

II.

El príncipe Alfonso á Gonzalez Brabo.

«Mi querido protector dice mama que te escriba una carta y te escribo esta carta para que veas que ya se escribir una carta y que Podria firmar de todo, y al mismo tiempo para decirte que estamos vuenos y muy animados y deseosos de Verte pol aquí pa decirte lo que nos divirtimos en esta Poblacion que es muy vonita y muy grande y en fin, muy buena. Mamá dice que te pregunte que como van mis Cosas y yo te lo preguntaria AunQue Mamá no me digera Nada por que yo estoi deseando bolver á la Casa grande de la Plasuela de Oriente y dise el P Claret que allí si que debiamos estar y ser yo rey de Madrid y de España por que es lo que yo debia de ser y que tulo as de hacer, conque anda y no me des un chasco que yo confio en tí masque en Mamá y en papa y todos estos que me hacen raviar tanto. Con que aDios y ven y sabes que te quiere y te quiere mucho,

Alfonsito.»

LA VOZ GENERAL.

—Adios, Pepe.

—Hola, chico, ¿qué llevas ahí?

—La historia de España.

—¿La vas á leer ahora por primera vez?

—Sí.

—Pues te recomiendo que pongas cuidado á ver si encuentras en alguna página una situacion parecida á la presente.

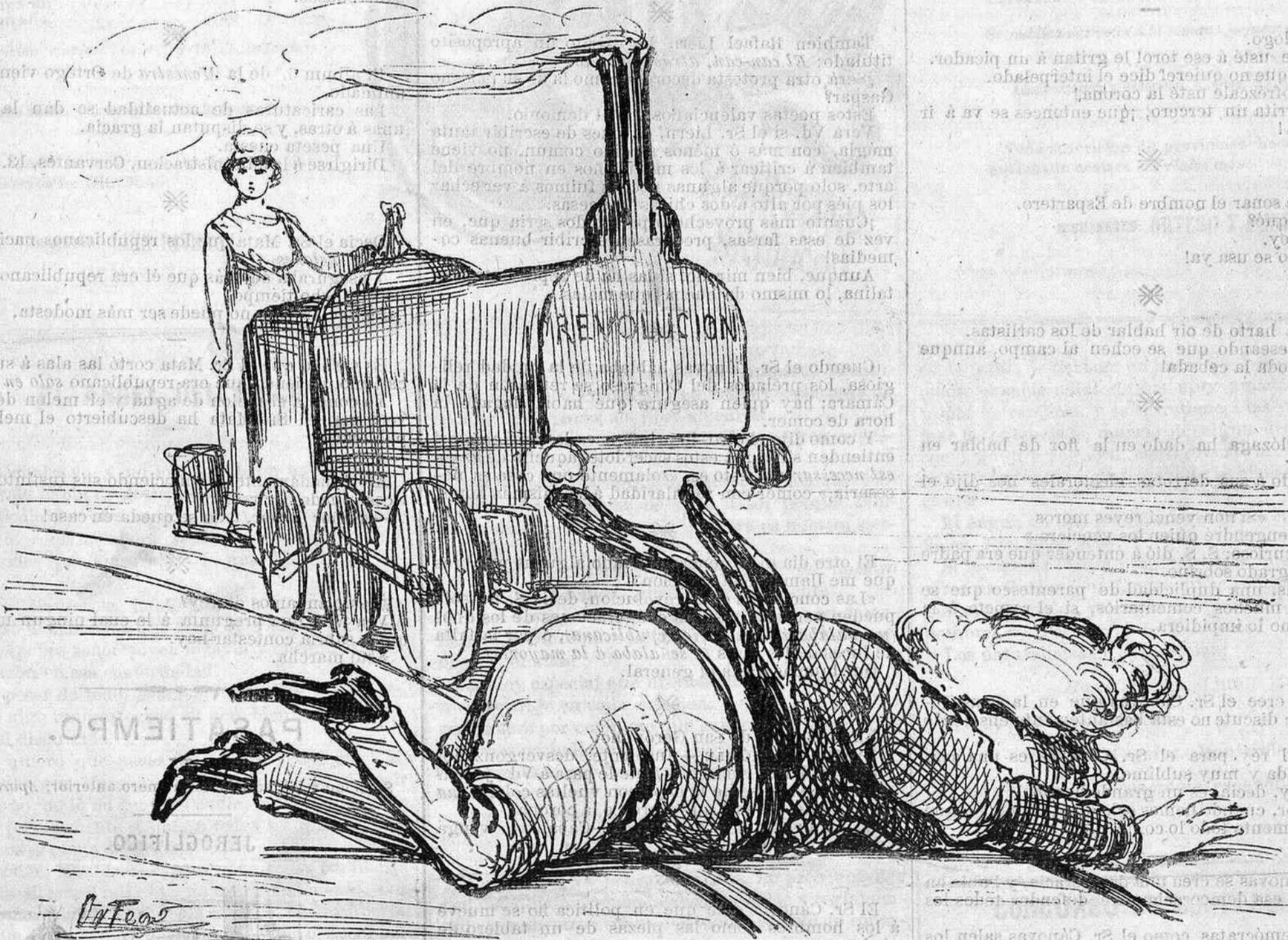
—Creo que no.

—Espero que te admires al contemplar nuestro esplendor pasado. Aquellos tiempos en que reiná-bamos en España, en Italia, en Portugal, en Flandes... en todas partes.

—Y ahora...

—Ahora vamos de nacion en nacion mendigando un rey que venga á mandarnos.

SITUACION CRÍTICA.



Ó DESCARRILA Ó LO APLASTA.

—Chico, no quiero leer este libro.
 —¿Por qué?
 —Porque me entristecería.
 —Haces bien. Lee la *Historia de los Estados Unidos*. A lo menos tendrás el consuelo de no ver la palabra *rey* en ninguna hoja.

—Marquesa...
 —¡Hola, Luisita! ¿Y el conde?
 —Está muy disgustado. Estas cosas políticas le tienen vuelto el juicio.
 —Para todo hay, querida. Yo que nunca me he ocupado de tales cosas estoy disgustada también.
 —Me asusta Vd., condesa. Pues qué, ¿sucede algo grave?
 —¡Figúrese Vd. que un portugués finchado ha despreciado á la nacion en masa!
 —¿Y en qué piensan estos hombres?

—¡Hola, mi capitán!
 —¡Hola, Romero!
 —¿Qué hay?
 —¿Qué ha de haber? Que hemos vencido á los moros en Africa, y á los carlistas en todas partes, y ahora mismo, á los insurrectos de Cuba, y... ¡por vida de Dios!
 —Sí, y hemos venido á parar en ser desairados por el señor ese de Portugal.
 —¡Por vida de Cristo!
 —¡No hablemos de eso, hombre, no hablemos de eso!

—Compadre, ¿ha sabido usted lo del tío?
 —¿De qué tío?

—¡Del rey ese que dice que no *quiere* venir aquí, ni siquiera recibir á la *comesion* de los diputaos!
 —¡Si será liberal el amigo!
 —Me parece á mí que alguno va á pagar ese *feo* que nos han dao.
 —¡Es que ya me va á mí haciendo mala sangre eso!

—¡Mira, muchacha, oye!
 —¿Qué es eso?
 —Que me gustas.
 —Pus cómprame dulces.
 —¡Ya lo creo! Me voy contigo y te los compro.
 —Pus no quiero, que tienes cara de portugués.

Un ciego.—¡En dos cuartos, el *mico* que les ha dao el rey de Portugal á los españoles!

CABOS SUELTOS

Ha resultado cierto el hecho de que existía comunicacion secreta entre la casa de los Canónigos y el convento de monjas Teresas.
 ¡Ay qué belen! ¡Pero qué belen!

Dice un periódico francés, y lo copia otro español, que Isabel de Borbon iba el otro dia por un boulevard de París del brazo del conde de Ezpeleta.
 ¿Ahora salimos con eso?
 ¡Esa señora es incansable!

Bonitas cosas le dijo el otro dia el amigo Castelar á nuestro hombre.
 ¿No saben Vds. quién es nuestro hombre?
 D. Salustiano.
 ¡Le habian Vds. de haber visto ponerse de color de chocolate cuando Castelar le dijo aquellas cosas!
 ¡Sin duda D. Salustiano se habia llegado á figurar que no hay mas que ser conductor de reyes!

Los curas diputados no cesaban de tomar apuntes de lo que iba diciendo Castelar.
 El canónigo Manterola sonreía.
 ¡Cómo me escamo yo de esa risita!
 ¡Es la risa del conejo!

En cuanto al duque de la Torre me agradó y me desagradó.
 Me agradó porque le vi tan franco como siempre.
 El telégrama de Lisboa le habia parecido inconveniente.
 A lo cual le podia haber dicho cualquiera al duque de la Torre:
 —¿Y qué necesidad habia de dar ocasion á inconveniencias?

Créanme los que manejan el tinglado ese del candidato al trono. Si continúan las idas y las venidas y los desaires y todas esas cosas, que *son muy graves*, el país puede tomar en serio lo que hasta ahora ha tomado á risa, y va á haber algun disgusto.
 Porque yo de mí sé decir que me va cargando ver á media docena de españoles ofreciendo á media docena de extrangeros el trono de España. Esto empezó por ser ridiculo, pero puede acabar por ser indigno.

En las corridas de toros sigue el buen humor de siempre.

La gente de los tendidos más ocurrente que nunca.

—¡Vaya usted al toro, *so morral!* dice uno.
—Andusté, que parece usted un candidato por lo *mandria*.

Otro diálogo.

—¡Llame usted á ese toro! le gritan á un picador.
—¡Si es que no quiere! dice el interpelado.
—¡Pus ofrézcale usted la corona!
—¡No! grita un tercero, ¡que entonces se va á ir de la plaza!

Vuelve á sonar el nombre de Espartero.

—¿Para qué?
—Para rey.
—¡Eso no se usa ya!

Estoy ya harto de oír hablar de los carlistas.
¡Estoy deseando que se echen al campo, aunque se coman toda la cebada!

El Sr. Olózaga ha dado en la flor de hablar en verso.

Aludiendo á sus derrotas electorales nos dijo el otro día:

«Si non vencí reyes moros
engendré quien los venciera.»

Esto es curioso; S. S. dió á entender que era padre de su malogrado sobrino.

Vean Vds. una duplicidad de parentesco que se prestaría á muchos comentarios, si el respeto á la desgracia no lo impidiera.

Todavía cree el Sr. Cánovas que en la Constitución que se discute no está bastantemente ensalzado el rey.

Porque el rey para el Sr. Cánovas es una cosa muy resalada y muy sublime.

—¡Un rey, decía, es un grande honor!
¡Un honor, cuando hemos echado al último porque era precisamente todo lo contrario!

El Sr. Cánovas se crea una democracia, y habla en nombre de esa democracia para defender todos los privilegios.

De los demócratas como el Sr. Cánovas salen los lacayos de los reyes.

Instrucción, fácil palabra y mucha intención política son dotes que reúne en sumo grado nuestro querido y particular amigo Sanchez Ruano, diputado de la minoría republicana.

El ha inaugurado muy dignamente los debates sobre la Constitución.

Reciba mi enhorabuena, que él sabrá estimar, porque le consta que soy muy parco en los elogios.

Un problema:

Si el talento empleado por el Gobierno en buscar un rey, lo hubiera empleado en hacer economías, ¿Cuánta no sería hoy la felicidad del pueblo español?

No tengo palabras con qué elogiar á Salvini en el *Otelo*.

Al verle y aplaudirle con frenesí en los actos cuarto y último, no pude menos de exclamar, pensando en nuestra escena dramática:

—¡Dios mío, á qué extremo de decadencia ha llegado el teatro español!

La Marini es una excelente actriz, pero en España hay actrices que hagan tanto ó más que ella.

¿Pero hay quien se aproxime á Salvini?

Un periódico no confía en que los liberales, hartos de no encontrar rey, tendrán que llamar al niño *terso*.

¡Es claro! Le llamarán... tonto.

Esto me recuerda aquel público, que después de haber oído á un actor, gritaba:

—¡Que salga, que salga!

El actor salió saludando agradecido al público.

—No, no, gritó un espectador, no es eso. ¡Que salga... de la provincia!

Ahora se vuelve á hablar del duque de Aosta.

No me extraña. La Constitución habla de monarquía hereditaria, y la duquesa de Aosta ha parido estos días.

Sin embargo, el duque de Aosta no vendrá.

¿Verdad, lector, que no vendrá?

¡Pues no faltaba otra cosa!

También Rafael Liern ha escrito un propósito titulado: *El can-can, atrás, paisano*.

¿Será otra protesta decorosa como la de su paisano Gaspar?

Estos poetas valencianos son el demonio.

Verá Vd. si el Sr. Liern, después de escribir tanta magia, con más ó menos sentido común, no viene también á criticar á los madrileños en nombre del arte, solo porque algunas noches fuimos á ver echar los piés por alto á dos chicas francesas.

¡Cuánto más provechoso para todos sería que, en vez de esas farsas, procurasen escribir buenas comedias!

Aunque, bien mirado, si las ha de representar Catalina, lo mismo da buenas que malas.

Cuando el Sr. Cánovas hablaba de la unidad religiosa, los prelados del Congreso se retiraron de la Cámara; hay quien asegura que había llegado la hora de comer.

Y como dijo el otro, lo primero es lo primero; así entienden sin duda estos sacerdotes aquello de *unum est necessarium*, esto es, «solamente una cosa es necesaria,» comer con regularidad á las mismas horas.

El otro día oí al general Serrano algunas palabras que me llamaron la atención.

«Las conquistas de la revolución, decía S. E., solo pueden perderse por las exageraciones de los unos (y señalaba á la minoría republicana), ó por la falta de luces de los otros (y señalaba á la mayoría).»

Qué bromas gasta el general.

En la Carrera de San Gerónimo:

UNA DONNA MÓBILE.—¡Insolente, desvergonzado!

UNO DE ÓRDEN PÚBLICO.—¿Qué le pasa á Vd., joven?

LA DONNA.—Ese de la capa con vueltas colorás *ma insultao* diciéndome que merezco la corona.

EL DE ÓRDEN (al de la capa).—Caballero, venga Vd. á la prevención.

El Sr. Cánovas dice que en política no se mueve á los hombres como las piezas de un tablero de ajedrez.

Su compañero el unionista Camprodon había sentido el axioma contrario, diciendo:

«La política es un juego de ajedrez.»

¿A dónde iremos á parar si los hombres de orden se desmienten unos á otros en sus principios más fundamentales?

Una pregunta al director de Aduanas, ó á quien corresponda:

—¿Quién es ese agente internacional que detiene en la frontera todo lo que viene á España?

Hemos recibido muchas quejas.

Un artista amigo nuestro esperaba varios útiles.

Preguntó por ellos, y le contestaron que los detenia el agente internacional.

Otro amigo nuestro, que recibió la misma contestación, dió queja al Gobierno, é inmediatamente fué servido.

¿Quién es ese agente internacional?

Nosotros que á fuer de liberales no juzgamos á las personas por su traje, si bien hay algún traje que nos agrada poco, debemos decir hoy que el Sr. Manterola ha declarado en el Congreso que unía su voto al unánime de la Cámara en aquello del indulto.

Si esta adhesión es sincera, nos alegramos por Manterola.

Si es hija del arrepentimiento y nacida á causa del disgusto manifestado por la prensa, nos alegramos también, porque como dijo un hombre célebre, «La hipocresía es un homenaje que el vicio tributa á la virtud.»

Resulta de lo anterior, que Manterola acepta el indulto.

Pío IX condena á muerte.

Vean Vds. á Manterola y á Pío IX en contradicción.

Es triste cosa esto de que un católico no pueda pensar nada bueno sin encontrarse enfrente del Pontífice.

Compadezco á Manterola.

Y ya que hablo de Manterola, ¿saben Vds. que hace ocho días que le veo tomar apuntes?

¿Qué diablós—con perdon sea dicho—apuntará su ilustrísima?

A estas horas debe tener un in-folio.

Si después de tanto apuntar no pronuncia un discurso de primer orden, digo á Vds. que me llevaré gran chasco.

El album 6.º de la *Menestra* de Ortego viene muy animado.

Las caricaturas de actualidad se dan la mano unas á otras, y se disputan la gracia.

Una peseta cuesta.

Dirigirse á la administración, Cervantes, 13.

Decía el Sr. Mata que los republicanos nacían como los melones.

Y aseguraba además que él era republicano desde hace mucho tiempo.

La declaración no puede ser más modesta.

Es verdad que el Sr. Mata cortó las alas á su radicalismo, diciendo que era republicano *solo en casa*.

Yo conocía el melon de agua y el melon de Añover; pero el Sr. Mata ha descubierto el melon republicano.

Afortunadamente, y conociendo sus instintos políticos, puede decirsele:

—¡Señor doctor, todo se queda en casa!

¿Cómo andamos de rey?

Vea Vd. una pregunta á la cual ningún monárquico sabría contestar hoy.

Esto marcha.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Apuros*.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número).

Correspondencia de GIL BLAS.

D. F. R. y B. (Valladolid.) No he avisado á Vd. en esta sección el recibo de los sellos para su suscripción, porque como ya he dicho otras veces, el envío del periódico es la verdadera contestación, y si la diera aquí necesitaría una columna todos los números. Únicamente contesto á los casos particulares.

RECOMENDAMOS AL PÚBLICO

LA

ACREDITADA DENTISTA D.^a POLONIA SANZ,

la cual se ha trasladado desde la calle Mayor á la del Arenal, 8, pral.—1

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.